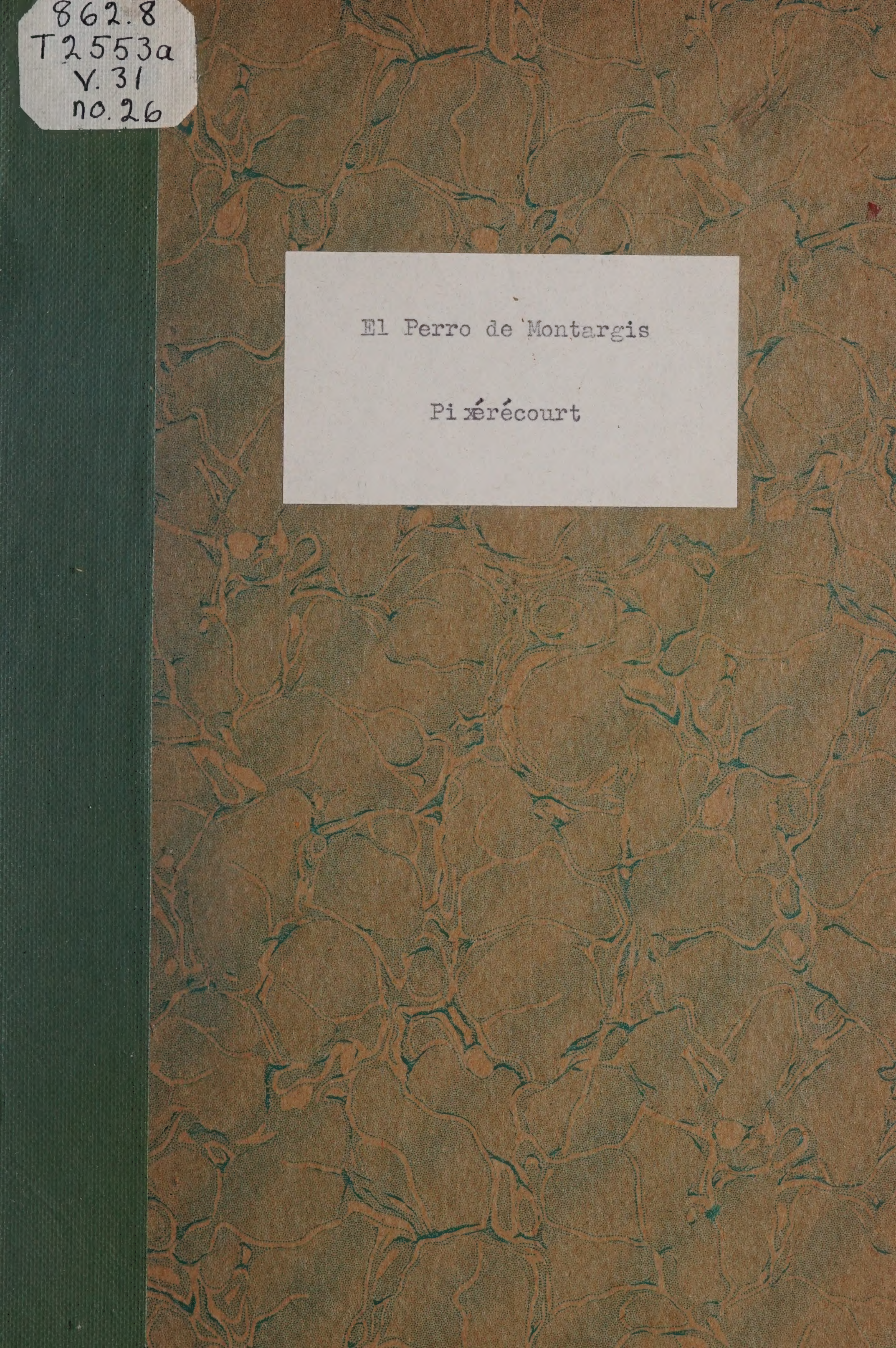
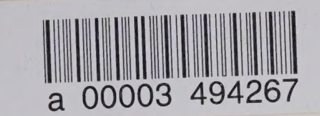


El Perro de Montargis

Pixérécourt


a 00003 494267

MELODRAMA NUEVO

HISTORICO DE ESPECTACULO,

TITULADO

EL PERRO DE MONTARGIS,

Ó

LA SELVA DE BONDI.

TRADUCIDA POR ***

PERSONAGES.	ACTORES.
Goltrand, Capitan de una compañía de cazadores.......	Sr. José Diez.
Obrí... (*Cazadores.*)	Sr. Angel Lopez......
Macario... (*Cazadores.*)	Sr. Antonio Gonzalez....
Landrí... (*Cazadores.*)	Sr. Francisco Ronda.....
El Senescal, juez del Condado.......	Sr. Rafael Pe'ez.
Gertrudis, posadera.......	Sra. Josefa Ramos.
Ursula, joven criada de la posada y ahijada de Gertrudis.......	Sra. Antera Baus.
Martin, comisionista mudo.......	Sr. Manuel Gonzalez.
Beltran, criado de la posada.......	Sr. José de Oros.
Cazadores.......	
Paisanos.......	
Criados.......	

LA ESCENA ES EN BONDI, CERCA DE PARIS EN EL SIGLO XV.

El teatro representa un vasto salon gótico, destinado á las ceremonias públicas y á las audiencias del Senescal: ésta sala está próxima al alojamiento del mismo.

ACTO PRIMERO.

El Senescal aparece, y la señora Gertrudis sale por la derecha.

Getr. Aquí está vuestra servidora, señor Senescal.

Senes. Buenos dias, señora Gertrudis.

Gert. Espero vuestras órdenes; ¿que teneis que mandarme?

Senes. Vais al punto á saberlo. Hoy ó quando mas mañana, debe llegar

á Bondi la hermosa compañía de cazadores reales mandada por el señor de Goltran. Mi deber exîge que salga á recibirla y cumplimentarla; pero yo no limitaré á tan pequeño obsequio el recibo de unos héroes que se hán cubierto de gloria y de grandezá en el campo terrible del honor: por lo tanto pretendo cada dia de los que aquí permanezcan, darles á conocer quanto los aprecia la patria por sus acciones, y yo por su fama: para esto os llamo.

Gert. Muy bien: disponed de mí en la forma que gusteis, señor Senescal.

Senes. Este gran salon, destinado para las ceremonias y audiencias públicas, es muy conveniente para lo que intento. He dado la órden para que pongan á vuestra disposicion todos los trofeos, armas y banderas que están en la casa Consistorial, á efecto de que con ellos lo adorneis, y prepareis en él un magnífico refresco: tengo avisado tambien á todas las clases del pueblo, para que cada una por su parte me ayude á celebrar y aplaudir á estos valientes jóvenes, dignos de toda alabanza.

Gert. Quedo enterada; y os aseguro señor Senescal, que vuestros deseos quedarán cumplidos por mí. Gracias á Dios, mi posada tiene la mayor reputacion, ganada por estas manos que han de comer la tierra, y por mi buena direccion y gusto: testigos son todos los viageros, y principalmente la gente de palacio, que todos me honrán quando pasan por aquí.

Senes. Sí, sí; me consta vuestra habilidad, y que sois muger de bien. La educacion que tuvísteis os ha hecho unir á las buenas qualidades de vuestro sexô, la firmeza y valentía del nuestro.

Beltran sale por la derecha con el sombrero puesto y corriendo: así que vé al Senescal se lo quita, y hace cortesía grosera.

Belt. Perdóneme V. E., señor Senescal. Mi ama, yo vengo á buscaros, porque ese de la cara inflada que ha dormido esta noche en la posada con su borrico (hablando con su respeto) con su borrico....

Gert. ¿Acabarás?

Belt. Sino me dexais: se queria ir sin pagar: yo le detuve y le dixe, que no entendia de eso; y por este motivo me ha puesto como un trapo; me ha llamado feo, hablador.... y yo quiero que vos vengais conmigo, para...

Gert. Calla, ignorante. Déxalo que se vaya, y vé corriendo á decirle á Ursula y al mudo, que vengan al instante aquí, que yo los espero.

Belt. ¿Y para qué, nuestra ama?

Gert. Eso no te importa. Diles tambien que se traigan nuestros mejores tapices y las guirnaldas que se hicieron para la boda del conde.

Belt. ¿Y que quereis hacer con todo eso aquí, nuestra ama?

Gert. Por vida.... calla, vete y obedece.

Belt. Eso es muy fácil: callo, me voy y obedezco. *vase.*

Senes. Con que, señora Gertrudis, no tenemos que hablar: ¿puedo descansar en vos?

Gert. Enteramente.

Senes. Bien: pues voy á dar otras ór-

denes convenientes al objeto. No perded momento, que no será difícil el que lleguen hoy mismo nuestros huéspedes.

Gert. Sí señor; así me lo ha dicho un cazador que ha llegado hace ya muchos dias á mi posada, y se llama Obrí; que quiere aquí esperar á sus compañeros.

Senes. ¿Obrí? ¿No es ese el encargado por el señor Goltran para presentar al Rey las banderas que ganaron al enemigo?

Gert. El mismo, sí señor.

Senes. Dicen que es un jóven muy interesante.

Gert. Y muy valiente: por eso ha merecido esta confianza de su capitan; y esto ha excitado ódios y envidias entre sus camaradas.

Senes. Deseo el conocerle.

Gert. Pues yo se lo diré, y vendrá al instante.

Senes. Mucho lo agradeceré. Eh, ya están ahí vuestros criados: no os podeis quexar de que han tardado.

Gert. En mi casa todo se hace de priesa. Sí señor: diligencia y exâctitud son las señas que me distinguen.

Senes. Medios seguros para complacer y prosperar. A Dios señora Gertrudis.

Gert. Bésoos las manos, señor Senescal. *Haciendo una cortesía profunda.*

Salen por la derecha Ursula y Martin que traen flores, guirnaldas, tapices, &c.

Gert. Muy bien, hijos mios: Ursula, vés componiendo esas guirnaldas y flores de suerte que puedan colocarse en este salon, haciendo una agradable vista. Yo me fio de tí, y voy á disponer otras cosas.

Urs. Descuidad, madrina mia.

Gert. Ahí te queda Martin.

Urs. Bien; él me ayudará.

Gert. Y con nadie estarás mas contenta: él es tu favorito.

Urs. Es verdad que le quiero, porque es tan bueno, y tan desgraciado....

Gert. Sí; pero mira que aunque es mudo oye perfectamente.

Urs. Acá nos entenderemos.

Gert Pues cuidado. ¡Pobrecillo! Mira, hijo mio, procura siempre amar á Dios y ser hombre de bien, que su Magestad te lo recompensará, y yo nunca te abandonaré. Yo voy á preparar un magnífico refresco, que acaba de encargarme el señor Senescal. Quedaos con Dios.

Despues de haber alhagado á Martin se vá.

Urs. Vaya, ven mi querido Martin, ayúdame á componer esta guirnalda.

Martin expresa que con mucho gusto.

Verás que bonita la dexamos. Yo creo que seria muy bueno adornar con ellas todas las puertas y ventanas, tender esos tapices, adornar la mesa con flores, y... ¿Qué te parece á tí?

Martin asegura que muy bien: toma la guirnalda, salta sobre una mesa, y adorna con ella una ventana; despues toma vasos de flores y los coloca en las mesas.

Excelentemente Martin. Está muy bonito ¿es verdad?

Martin expresa que todo lo que ella inventa, es hermoso.

Eres un adulador. Si hiciera caso de lo que tú me dices siempre, creeria que yo era la octava maravilla.

Martin dice que lo es en efecto.

A la verdad yo no soy fea; pero esto lo debo á mi edad. ¿Qué muger no es bonita á los diez y seis años? Todas lo son.

Martin dice que no.

O casi todas.

Martin dice que ella es la mejor.

Ahora sí, lo que tengo es que tomo el mas vivo interés por mi querido Martin, porque es desgraciado, porque le ama mi madrina, porque le ha recogido, y porque yo tambien le amo.

A esta expresion Martin se llena de alegría. Ursula reconoce lo que ha dicho y muda de tono.

La religion manda amar al próximo como así mismo, y yo debo guardar este precepto. Lo mismo hará Martin, amarme á mí, como á una hermana suya.

Martin dice que no es así como la ama.

O me amará por el agradecimiento.

Martin dice que tampoco.

¿Cómo, Martin? ¿no me amas tú como á una hermana?

Martin dice que no.

Anda y aléxate de mí. No hay defecto mayor que el ser ingrato.

Martin expresa con el mayor ardor no nace el amor que la tiene, sino de su corazon.

No es eso lo que yo preguntaba, señor Martin; sois un atrevido.

Martin dice que no puede explicar todo lo que siente, y que eso le lastima.

Yo no entiendo lo que quieres decir, ó no quiero entenderlo: sigamos nuestra obra.

Martin humilde á este mandato sube sobre la otra mesa, y adorna la otra ventana: al bajar cae, y Ursula se acerca, le da la mano, y él se la besa afectuosamente.

¡Ay Dios mio, que se mata! Martin, mira que esto no es bien hecho.

Martin la pide perdon.

No te perdonaré jamas, no.

Martin se hinca de rodillas.

Aunque te arrodilles, no: levántate: estoy muy enojada. ¡Besarme la mano!

Martin dice que la devolverá los besos que aun conserva en sus labios.

¿Qué quieres volvérmelos? A buen tiempo. Eso es imposible.

Martin asegura que no, que es muy fácil.

¿Cómo es posible que me los devuelvas? ¿A vér?

Martin vuelve á besarla la mano.

Tiene razon, los ha puesto en su sitio.

Sale Beltran lleno de armas, de forma que parece un troféo ambulante.

Belt. Temerario ¿qué es lo que haces? Por vida de....

Urs. ¡Dios mio! ¿Qué es esto?

Belt. Pícaro, vas á perecer.

Se le cae una lanza á Beltran, la coge Martin y le dá de palos. Beltran trabaja para desembarazarse de la armas que trae puestas, y no halla mas remedio que huir gritando.

¡Vaya, vaya, y qual aprieta el maldito mudo! Hombre, mira que soy Beltran, que esto ha sido una chanza que he querido usar con vosotros: ayudadme á quitar estos demonios de yerros de encima, y me conocereis. ¡Votova brios!

Ursula y Martin le ayudan, y se rien de verlo.

Urs. ¡Quién habia de pensarlo! ¿Y

por qué eres tan embrollador?

Belt. ¿Vén ustedes como soy yo?

Urs. ¿Y por qué has tenido gústo en venir cargado con tantas armas?

Belt. Yo no he venido por mi gusto, sino por mandado del ama, á quien le encargó el señor Senescal, que yo traxera desde la casa Consitorial todos estos aparejos aquí: fuí con otros mozos, y como yo tengo mas fuerza que ellos, y mas ingenio, me fuí acomodando estos chismes encima: metí la cabeza en este cántaro, la barriga en esa cuna, y me he venido con esos atavíos, que si son para la guerra, yo los renuncio para siempre: ahí vienen los otros mozos: han llegado despues porque no son tan brutos como yo.

Ur. Es verdad; pero el cargar con tanto no es concedido á todos: dexadlos ahí. *los cuelgan.*

Quatro ó seis mozos conducen trofeos de guerra que colocan en la escena Ursula y Martin.

Bien Martin, vete al instante á decir á la madrina, qué venga á ver si está bien.

Martin va corriendo.

Belt. Oígame vmd. un momento, señora Ursula: ¿con que és posible que vmd. prefiera en su estimacion un mudo miserable, á un hombre como yo que tiene cabales todos sus sentidos?

Urs. Menos el sentido comun.

Belt. ¿Qué os puede decir un mudo?

Urs. Nada, y así me ahorro de oir tonterías y brutalidades.

Belt. Ya, ya; entiendo lo que quereis decir; pero eso no me agravia ni me acobarda.

Urs. Pues lo siento.

Belt. ¿Lo sentís? Pues si es verdad, ¿qué tiene mas que yo, Martin, para que vos le querais? Lo único que tiene es que cayó de un árbol y se partió la lengua. Gracias á Dios, eso es lo que menos tengo.

Urs. Yo creo que de mas.

Belt. Bien: pues si los imperfectos os complacen, al instante voy á subirme sobre el nogal que está delante de nuestra puerta, y á tirarme al suelo; puede que en la refriega pierda un ojo, y entonces...

Urs. Entonces serias un tuerto muy feo.

Belt. ¡Ay Dios mio! Yo siempre os hablo bien, yo siempre obro bien con vos, y nunca encuentro recompensa.

Urs. Ni la encontrarás jamás. Consuélate con eso.

Belt. Muchas gracias.

Urs. ¿De veras?

Belt. Sí, sí, yo os creo sobre vuestra palabra.

Urs. Pues luego será culpa tuya el molestarte: cien veces te lo he dicho, y ahora te lo vuelvo á repetir por la última. Yo amo á Martin porque es hombre de bien, porque es desgraciado, porque le ama mi madrina, porque todo el mundo le quiere, porque me gusta, y porque él no tiene nada, ni yo tampoco. A fuerza de trabajo y de economía, juntaremos en seis ú ocho años algun fondo regular: entonces yo tendré veinte y dos años, y Martin veinte y seis, que es la perfecta edad para casarse.

Belt. ¡Oh! De aquí allá, puede que ya se haya quedado Martin ciego de tanto miraros, y si por una

desgracia se queda sordo, vais á encontraros con un marido perfecto. ¿No es verdad?

Urs. Antes te quedes tú mil veces: márchate, y no vuelvas á hablarme en tu vida.

Belt. Bien: ya conozco que os gustan mas los gestos, que las palabras (1); pues yo los aborrezco, sí, señora, los aborrezco los suyos, y los vuestros; por vida de....

Urs. ¡Maldito! ¿Quién ha de querer sufrir á un bestia semejante?

Sale Obrí de cazador elegante.

Obrí. ¿Sabeis Ursula, si está en casa el señor Senescal?

Urs. No señor: pero creo que debe tardar poco: si gustais esperarle....

Obrí. Con mucho gusto.

Belt. Mírela vmd. como se hace ahora la dulcecita y amable... puf... *ap.*

Obrí. Creo que estábais incomodados antes de mi llegada.

Belt. Pues no es por culpa mia; ella, ella que siempre me anda á los alcances.

Obrí. Dos que se quieren no deben reñir nunca.

Urs. ¿Quién? No se verá él jamás en ese espejo.

Obrí. ¡Oh! no digas nunca eso: ¿quién sabe el por venir?

Urs. Yo prefiero estár doncella toda mi vida, á casarme con un irracional semejante.

Belt. Ya, ya: bien lo creo; pero si no amarais á Martin...

Obrí. ¿A Martin? No lo dudo.

Belt. Ahora acaba de confesármelo.

Obrí. Y tiene razon de amarlo.

Urs. ¿Es cierto, señor de Obrí, que tengo razon?

Obrí. Sí; es muy lindo jóven.

Urs. ¿Es verdad que tiene tan bonita presencia?...

Obrí. Y un rostro muy fino.

Urs. Parece una muger.

Obrí. Su fisonomía es muy expresiva.

Urs. Y yo comprendo perfectamente quanto me dice.

Belt. No, eso no: lo que quiere decir, sí.

Urs. Es tan justo....

Obrí. En efecto, es un hombre de bien, y yo tambien le amo.

Urs. El lo merece: todo el mundo le ama, menos ese rústico, ese bestia...

Belt. Mirad, señora Ursula, vos podeis amar á Martin todo lo que os dé gana; pero tened cuidado de no tratar á nadie de bestias... ¡Ah, señor Obrí! A propósito de bestias, ¿y vuestro perro dónde está? pues él nunca os dexa, y de tal suerte, que en viendo qualquiera al animal, al instante dice: ahí viene el señor Obrí.

Obrí. Lo he mandado sacar al campo á dar un paseo.

Belt. Eso me gusta. Mejor quiero que almuerce allá, que no en la cocina.

Obrí. ¿Por qué?

Belt. Porque parece maldicion: há tres ó quatro dias de seguido que siempre se come mi racion: póngala donde la ponga, él parece que lo adivina, y quando vuelvo, á Dios Beltran, te quedaste en ayunas. *Ursula se rie.*

Obrí. Segun se rie, yo creo, pobre Beltran, que Ursula tiene alguna

(1) *Remedando á Martin.*

parte en ese robo: porque yo he notado, que así que llega la hora de almorzar, Dragon viene, y se sienta delante de ella, como pidiéndola su parte, y tambien he visto que ella le señalaba donde estaba tu plato. Dragon, ya sabes que es muy hábil, y con media señal que le hacia, lo asaltaba y lo dexaba limpio.

Urs. Tambien le ahorraba el trabajo de fregarlo.

Belt. Bueno, bueno va: no hablemos mas de esto. Los cazadores llegarán hoy ó mañana, y habrá gala en el pueblo, y mucha gente en la posada. Yo le suplicaré al señor Obrí, que mande á su Dragon que diga quién es el mas hombre de bien de la posada, y vereis como dice que yo: antes yo le hablaré á Dragon dos palabras á la oreja, y esto me vengará de Ursula y de Martin. *aparte.*

Urs. Muy tonto eres en creerlo; pues sabes que ayer quando se lo preguntó su amo, y le dixo que á él no te señalara, se fue en derechura á Martin.

Belt. Bien, bien, ya lo veremos si Dragon, que es tan hábil, y tan reconocido no me señala á mí, quando almuerza á mi costa diariamente.

Obrí. Oygo ruido... ¿Si habrá llegado la compañía? mas yo no la espero tan pronto.

Belt. Voy á verlo. *Vase precipitado.*

Sale el Senescal, y tropieza Beltran con él.

Urs. Señor Senescal, aquí os está esperando el caballero Obrí.

Obrí. Señor, yo hubiera debido presentarme antes de ahora, pero...

Senes. Dexad los cumplimientos: yo soy quien necesito disculparme de haber (aunque ignorantemente), hecho que me espereis. Vuestra compañía está muy próxîma, y yo no he podido dar todas las órdenes convenientes para recibirla: y si vos gustáseis incomodaros, y en quanto llegasen vuestros compañeros, conducirlos aquí, os lo apreciaria infinito.

Obrí. Con mucho gusto.

Senes. Disimulad, amigo; yo volveré al momento.

Urs. Señor Senescal, ¿está á vuestro gusto todo?

Senes. Sí, hija mia: muy bien. Agur. *Vase.*

Urs. Yo quisiera quedarme aquí, y vería mejor lo que pasaba. ¿Qué os parece, señor Obrí?

Obrí. Sí, que te quedes. *Vase.*

Urs. ¡Qué gusto será ver reunida una compañía entera de cazadores! Nunca he podido ver sino uno ó dos juntos; y como tienen tan bellos uniformes! Y son de casa real!... No, pues como mi madrina no me envie á llamar.... pero ella viene aquí.

Sale Gertrudis.

Gert. A Dios Ursula: el señor de Obrí me ha dicho al entrar que habias desempeñado perfectamente la comision que te encargué; y en efecto, esto está muy bonito: bien sabes que quando yo alabo una cosa.... Vaya, aquí te traigo tu vestido de dia de fiesta, para que te lo pongas y te presentes con decencia delante de tanta gente como aquí se vá á reunir.

Urs. Muchas gracias, madrina mia: es vmd. tan buena....

Gert. Ea, despacha.

Urs. Al instante. ¡Ay Dios! que tocan.

Gert. Vamos apriesa.

Urs. ¿Cómo saldremos de este empeño? ¿Y cómo podrá vmd. disponer el servir á tantos?

Gert. He rogado al señor Conde que dilatara su boda un par de dias, y me lo ha concedido sabiendo el motivo de mi súplica, y con lo que tenia dispuesto para su excelencia, cumpliré con el señor Senescal.

Urs. ¿Qué tal estoy, madrina?

Gert. Tan linda como siempre; capaz de volver tarumba al juicio del hombre mas anacoreta. *aparte.* Cuidado que uses de mucha cortesía con todos estos señores.

Urs. ¡Oh, no tenga vmd. cuidado, madrina mia! ¡Cazadores del Rey! Buena gente para tratarla con confianza. *Marcha militar dentro.*

Salen el Senescal, Obrí, Goltran, Macario, Landrí, Martin, Beltran, cazadores y criados: entran con una música militar.

Gert. Vamos, á ocuparnos en preparar la mesa.

Senes. Caballero Goltran, recibid en mí el homenage que tributa á vos y vuestra compañía, este condado; y si bien és pequeño para lo que merecen tan gloriosos guerreros, es grande y sublime porque os le ofrece de todo corazon.

Golt. Señor Senescal, mis compañeros de armas y yo lo recibimos llenos de agradecimiento, y prometemos no desmerecer mientras durare nuestra vida, el aprécio que haceis de nosotros, aunque excesivo.

Senes. Esa afabilidad unida á vuestro talento militar, eleva vuestro mérito hasta el grado mas superior.

Golt. Yo os rindo gracias.

Durante esta escena, los de la posada están poniendo una gran mesa en el salon, cubierta de ramilletes, bebidas &c.

¡Y bien, mi querdo Obrí!

Mac. ¡Mi querido Obrí! (1)

Golt. ¿La comision que os encargué, se ha desempeñado felizmente?

Obrí. Sí, mi capitan: mejor que pudiera esperarse. Llegué á Versalles, admitióme S. M. con sumo agrado, puse á sus reales pies las cinco banderas que ganamos, y le entregué el pliego que me dísteis. Despues de leerlo, se dignó el Soberano de decirme estas palabras alhagüeñas: "Obrí, estoy completamente satisfecho de la valentía de mis cazadores: todos son héroes: á vos os nombro teniente de la compañía, y no limitaré á vos solo las recompensas: todos alcanzarán el premio de sus buenos servicios. Vuestro capitan sé que quiere daros su hija, y sé que vos la amais: celebrad al momento este himeneo, y yo quedo encargado de dotarla."

Mac. ¡Teniente y esposo de Clotilde! ¡Ah Landrí! *aparte.*

Land. Confia, aun no está hecho.

Golt. ¿Y sin duda vos no habreis desperdiciado tiempo alguno en ir á

(1) *Aparte.*

dar parte de tan felíz suceso á mi hija y esposa?

Obrí. Mi capitan, yo lo confieso: me aproveché de la licencia que me dísteis para que esperara aquí la compañía, y partí velozmente á poner á los pies de Clotilde mi nuevo grado, y la noticia de que mi amor, autorizado por vos, estaba sancionado por el Soberano. He estado dos dias en París, cerca de vuestra esposa, y madre mia, y he vuelto aquí á esperar á mi compañía que debe acantonarse en este pueblo, hasta nueva órden.

Golt. Yo os felicito, amigo mio, por el nuevo grado que obteneis, y por el nuevo estado. Vuestros camaradas conocen, como yo, vuestro valor y vuestra disciplina, y os aman como yo: estoy seguro de que apenas se encontrará en nuestra compañía, quien no celebre la determinacion del Monarca.

Mac. Menos yo. *aparte.*

Land. Habla, no te hagas sospechoso.

Mac. Nadie es mejor intérprete de nuestros corazones que vos, mi capitan. Estamos perfectamente satisfechos de que el Rey recompensa en la persona del señor Obrí, á todos los cazadores de la compañía, y debemos darle gracias: solo sí, podremos sentir cada uno de nosotros en particular la desgracia de no haber llenado vuestra confianza para ser merecedores de encargo que tan felices resultados ha producido, al que lo ha desempeñado.

Senes. Caballero Goltran, señores cazadores, dignáos de venir á la mesa, y disimulad con vuestra prudencia la pequeñez del obsequio.

Golt. Vamos: él se ofrece con buen corazon, y esto lo hace sumamente magnífico y grandioso. Presididlo vos, señor Senescal.

Senes. Señor, yo...

Golt. Sí; dadme ese gusto.

Senes. Perdonadme.

Golt. Eso es igual, no gastemos cumplimientos.

Se sienta Goltran en el centro: el Senescal á su derecha. Macario quiere ocupar la izquierda del capitan, y lo detiene.

Perdonad, Macario, permitid que Obrí ocupe hoy este asiento que le pertenece por muchos motivos.

Obrí. Señor.... ved...

Golt. Sentaos.

Macario disimula su situacion.

Mac. Es justo.

Golt. Desde mañana, ocupareis vos siempre, amigo Obrí, el sitio mas cerca de mí, que así deben premiarse vuestros buenos servicios.

Señalando el que ocupa el Senescal. Se sientan todos, Macario ocupa la derecha del Senescal, despues Landrí, &c.

Gert. Señor Senescal, ahí estan los aldeanos, si quereis que entren....

Senes. Sí, sí; que entren á cumplimentar á estos valientes.

Belt. Vamos adentro: venid al instante á divertir á estos señores.

Acabado el baile se levantan de la mesa.

Senes. Caballero Goltran, la noche se aproxîma, y es forzoso que descanseis. He hecho preparar vuestro alojamiento y el de todos; quando gusteis de retiraros, disponedlo.

Golt. Os lo agradecemos, y creed que bien lo necesitamos.

Senes. Caballeros, ahí va la lista de las casas en que debeis alojaros: los criados esperan para conduciros.

Gert. A mi casa irán los caballeros Macario y Landrí.

Senes. Y el señor de Obrí tambien.

Gert. Sí señor; pero ese no le cuento porque ya es huésped antiguo, y casi es el dueño de mi casa.

Mac. Siempre ha de ser Obrí distinguido. *aparte.*

Golt. Pasad buena noche, y retiraos.

Todos los cazadores que no hablan se retiran: Goltran se detiene y hace detener á Macario, Landrí, &c.

¡Ah, se me olvidaba! necesito un cazador de confianza que lleve este pliego al gobernador de Laní: contiene un asunto de mucho interes, y deseo tener al momento su respuesta.

Mac. Yo le llevaré si gustais.

Golt. Sí.... pero acabado de llegar, volver á correr... no: descansad vos, que Obrí que se encuentra descansado, hará esta diligencia.

Obrí. En efecto, yo le iba á proponer lo mismo á mi camarada. Mañana quando os levanteis, ya tendreis aquí la respuesta.

Golt. Muy bien: tomadlo.

Mac. ¡Siempre ha de ser el preferido! ¡quánto te aborezco¡ *aparte.*

Gol. Señores, felíz noche.

Cazads. Hasta mañana mi capitan.

Vase el capitan con el Senescal y criados.

Gert. ¿Y qué, señor Obrí, quereis atravesar de noche la selva? ¿Ygnorais que no se pasa semana sin que se cometa en ella algun asesinato?

Obrí. Mi perro me acompañará.

Gert. Dragon os podrá advertir el peligro; pero tal vez no podrá libertaros de él.

Mac. Un militar no se para jamás en esas consideraciones.

Gert. Es verdad: en fin, quando querais retiraros, señores, yo os espero en mi posada.

Mac. Al instante os seguimos.

Gertrudis sale, y van á seguirla, quando Macario detiene á Obrí.

Obrí, escuchadme: vos habeis sido para mí siempre un objeto insufrible. Antes de vuestra entrada en la compañía, yo gozaba toda la confianza del capitan; tenia la esperanza de enlazarme á su hija, y me creía felíz: yo ignoro cómo habeis podido seducir á entrambos: pero la preferencia que os conceden, destruye del todo mis esperanzas. Lo que acabais de contar, ha colmado mi ódio hasta el extremo, y es fuerza disputarlo. Uno de los dos debe ceder al otro sus derechos. Macario os asegura que mientras él exista, ni gozareis la mano de Clotilde, ni ascenderéis en la compañía en desaire suyo.

Obrí. Yo he visto con dolor que una

injusta prevencion os anima contra mí, desde que entré en la compañía; y por esto he evitado mañosamente todo lo que ha podido ser motivo de irritar vuestro carácter sombrio y enojoso, de lo que os tengo lástima, Macario.

Mac. Gracias, Obrí; pero no solicito que os compadezcais de mí.

Obrí. Está bien; pero es bien digno de compasion el que abre su pecho á la pasion del ódio.

Mac. Repito, que no me compadezcais, y terminemos: renunciad á Clotilde, y no admitid el grado de teniente.

Obrí. Macario, vos no me conoceis quando me proponeis una baxeza semejante; ¿ignoráis que mi carácter es incapaz de hacerla? No está en mi mano despreciar el favor con que me honra el Soberano; y en quanto á cederos la mano de Clotilde, yo he hecho quanto he podido para merecerla; ella ha sido el objeto de mis fatigas y trabajos; ella ha sido el móvil de todas mis acciones, y la he comprado finalmente al precio de mi sangre. Juzgad, pues, si la podré ceder á otro.

Mac. Pues bien: yo estoy dispuesto á disputaros uno y otro favor: batios conmigo.

Obrí. Vos sabeis, y todos mis compañeros que tengo honor y valentía; pero que mis principios se oponen al desafio. Yo os propondré otra lucha mas noble, y por consecuencia mas digna de dos hombres de honor. Hagamos que los motivos que nos dividen y malquistan, resulten en favor de la patria, y de nuestro Soberano. Probablemenmente despues de pocos dias de descanso, volveremos á campaña; peleemos contra nuestros enemigos desesperadamente, y juremos ceder nuestros derechos á aquel que de los dos hiciere mas hazañas.

Mac. Mi enojo no admite dilacion: ha de ser hoy, en este instante, quando exîjo la satisfaccion.

Land. Yo imagino un arbitrio para acordaros: la suerte sea la que haga dueño al uno de la vida del otro. Jugadla á los dados al mayor punto, como diariamente se hace entre nosotros: esta es la costumbre.

Mac. Soy contento.

Land. Yo tiraré los dados. Macario ganará sin saberlo; pues yo los tengo preparados siempre, para poderme libertar de esta costumbre maldita. *aparte.*

Obrí ¡Mirad, que eso es hacernos asesinos!

Mac. Si la suerte os ampara, derramad mi sangre, que así saldrá con ella de mi corazon el ódio que os profeso.

Obrí. ¡Ah, jamás!

Land. Reparad, caballero Obrí, que si insistís en no batiros, dudaremos de vuestro honor y de vuestra delicadeza.

Obrí. Señor Landrí, yo sabre darle pruebas convincentes y claras, al que piense de mí tan baxamente.

Mac. Pues empezad por mí.

Obrí. Vos me obligais de modo.... Bien, yo acepto lo que quereis.

Mac. Elegid padrino.

Obrí. Yo no quiero otro que Dios y mi honor.

Mac. Como gusteis; esperadme: voy por un arma. *aparte.*

Land. Y yo á buscar los dados. Mi interes me aconseja el servir á Macario; porque en siendo él esposo de Clotilde, yo seré solo el dueño de sus riquezas. *aparte.*

Obrí ¡Dios mio! ¡A qué extremo tan infelice me ha conducido el ódio de Macario! Vos mismo sois testigo de que el temor de la muerte, jamás me ha detenido, que he corrido á buscarla mil, y mil veces en el campo del honor... pero mi opinion decidida siempre contra los desafios... Clotilde mia, tantos afanes de mi vida, tanta sangre derramada por merecerte... mi cariño... el tuyo.... todo se vá á perder en un momento.

Salen Ursula y Martin.

Urs. Señor de Obrí, mi madrina esta inquieta esperándoos, y todos nosotros lo mismo, creyendo que os habíais ido sin llevar á Dragon, y algunas armas de fuego para pasar la selva de Bondi, que es en el dia un degolladero: no se encuentran en ella, sino lobos y facinerosos; y nosotros sentiríamos tanto que os sucediese una desgracia.... En fin, por si os hallábamos aquí, ha traido Martin vuestro par de pistolas, que yo no me atrevería á tocar por todo el oro del mundo.

Obrí. Yo os doy gracias, mi estimada Ursula: y aceptad esta sortija, papara que os quede una memoria mia.

Urs. Para que me quede memoria de vos, yo no la necesito.

Obrí. Sí, tomadla.

Urs. ¿Pues vos creeis que nosotros os olvidaremos? Jamás, por otra parte, para tan poco tiempo como habeis de tardar...

Obrí. ¡Oh Dios¡ ¿Quién sabe...

Urs. ¿Pues no debeis volver mañana por la mañana¿

Obrí. Puede ser.

Urs. Vos estais tan triste... Alguna cosa os predice el corazon... Creedme, señor Obrí, no paseis esta noche por la selva: aun habrá tiempo mañana para todo: Martin os despertará al rayar el dia; no salgais, no salgais; yo os lo suplico.

Obrí. Y yo os agradezco ese cuidado; pero el que viste este uniforme, no debe mas que obedecer, y no reflexîonar. Avisad á vuestra madrina, que yo pasaré por su casa antes de partir á recoger mi perro. (1) Quédate aquí Martin. Tú me pareces hombre de bien y de fidelidad: toma esta moneda de oro, en recompensa del servicio que te voy á encargar.

Martin no la quiere, y asegura que sin ella lo hará.

No, no amigo; eso no es justo: todos trabajamos por la recompensa, y ésta no envilece, quando el servicio por que se dá es virtuoso. Tómalas, pues, éste será el principio de tu caudal para casarte con Ursula. Si tú eres felíz en algun tiempo, tú te acordarás de que yo fuí el primero que te dió medio de

(1) *Vase Ursula.*

serlo, y mi memoria te será grata.

Las toma y guarda en su pecho, y pregunta á Obrí, en qué puede servirle.

Por motivos que tú sabrás despues, puede que mi viage sea muy largo. Si mañana á las nueve del dia, yo no hubiese vuelto, pedirás á la señora Gertrudis permiso para hacer un pequeño viage: irás á París, calle de Bourdoñé, y preguntarás la casa de mi madre. La verás, y la entregarás este cartera y esta bolsa que contiene treinta escudos: en el momento conocerá uno y otro. ¿Estas?

Martin lo toma, y queda como admirado.

Pero baxo tu palabra de honor, asegúrame que no enseñarás la cartera ni el bolsillo á nadie, hasta el momento indicado, ni aun á Ursula.

Martin pone la mano en el corazon y lo jura.

Alguno viene. A Dios, Martin, y cumple mis encargos.

Vase Martin con la mayor inquietud, y salen Landrí y Macario con un trabuco.

Mac. Ved aquí, Obrí, una arma cargada con tres balas.
Land. De la que será dueño el que eche á los dados el mayor punto.

Landrí arrima una mesa: Macario pone el arma delante de ella en el suelo: cada uno está á un lado de la mesa, y Landrí en el centro: todos en pie: colocan dos luces sobre la mesa á las puntas de ella.

Tiro por vos, Macario, y él ganará sin duda. (1) Doce. Muy desgraciado sois Obrí. Vos ganásteis Macario.
Mac. Aun no: tirad vos, señor Obrí, que podeis empatarlo.
Land. Eso es imposible.
Obrí. Dadme los dados.

Landrí cambia los dados, y le dá otros.

Obrí. Tiro.
Mac. Doce tambien.
Land. ¡Qué demonio de casualidad! Otra vez. *aparte.*

Landrí vá á tomar los dados para cambiarlos, y Macario no le dexa: toma los dos con que ha tirado Obrí, y tira con ellos.

Mac. Yo voy á tirarlos.
Land. Se pierde porque no he podido cambiarlos.
Mac. Diez.
Land. No es mal punto.
Obrí. Once.
Land. Este es mejor: él se lo ha querido. *aparte.*
Mac. Tomad: estoy pronto á seguiros.

Macario levanta el arcabuz y se lo entrega á Obrí.

(1) *Aparte.*

Obrí. No: aquí mismo es donde solicito.

Land. No; aquí no: ved que yo no permitire....

Landrí pone mano á su espada, Macario se presenta á recibir el tiro y Obrí lo dispara por la ventana: tira el arcabuz, y abraza á Macario.

Obrí. Macario, seámos amigos: yo pude exponer mi vida, pero siempre traté de conservar la vuestra.

Land. ¡Otra afrenta! Esta será la última. *aparte.*

Mac. ¡Es posible que siempre ha de preponderar sobre mi suerte!

Land. Gente viene: disimulad.

Toma el arcabuz y se compone. Salen el Senescal, el capitan Goltran y criados con luces.

Senes. Señores, ¿qué ésto? ¿Qué tiro ha sido ese?

Golt. ¿Por qué incomodais una casa que debeis respetar, á semejante hora?

Obrí. Señor; mi capitan, yo solo soy culpable, y os pido perdon. La señora Gertrudis, sabiendo que iba á ponerme en camino y pasar por la selva en esta noche, me ha enviado estas armas: temí que esta escopeta cargada de mucho tiempo, me faltase en la ocasion, y sin acordarme donde estaba la disparé por esa ventana: conozco ha sido una imprudencia, y por eso os repito que me perdoneis.

Senes. Si no es mas que eso, nuestra incomodidad ha sido muy corta, porque aun estábamos hablando: pero cuidado en efecto al pasar por la selva, porque está infestada de facinerosos.

Golt. Yo veré si se pueden exterminar. Buen viage Obrí.

Senes. A Dios señores, buenas noches.

Golt. Hasta mañana temprano.

Obrí. Sí, mi capitan.

Mac. Hasta mañana.

Land. ¿Mañana? no exîstirás entonces.

Mac. Vamos.

Obrí. Vamos. *vanse junos.*

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el patio de una posada, cuyo vestíbulo está sostenido por pilares: A la derecha una fachada en la que hay una puerta principal y dos ventanas grandes á raiz de la tierra. Las ventanas estan juntas cerca de la embocadura, la puerta es la última. Mas al foro en el mismo lado está otra puerta que dá á la caballeriza. A la izquierda una ala de texado sostenida por troncos de árboles, forma un caramanchon donde aparece durmiendo sobre un xergoncillo Martín: á él se sube por una trampa ó escalera mala formada de madera: mas arriba hay una puerta, y encima del texado una ventana. Todo el fondo es un patio, á quien cerca una empalizada, dexándose ver á lo lexos un bosque. Un farol sostenido del vestíbulo, y cuyo cordel que pasa por la garrucha á la ventana de la derecha es la única luz que alumbra el teatro. La entrada á este patio se figura ser por el fondo de la derecha, y cuya puerta se cierra con picaporte.

Al levantar el telon, se oyen ahullidos y ladridos de perro en la puerta de la derecha: la señora Gertrudis sale de la puerta de la izquierda, abre con llabe y entra Dragon, perro de caza grande, ahullando y ladrando á Gertrudis: á su tiempo muerde la ropa de ésta, y como que quiere sacarla por la puerta que entró.

*Donde no pueda haber un perro enseñado se suprimirá lo que señala esta *.*

Gert. ¿Qué demonio de perro será este? ¿Si acaso volverá el señor Obrí? (1) ¡Si le habrá sucedido alguna cosa! (2) En efecto es Dragon; ¡á esta hora! Solo! ¡y que agitado! Parece que llora: esto es muy estraño: pobre Obrí! Si le habrá sucedido alguna desgracia: y puede que á pocos pasos de aqui tal vez lo encuentre: Si; yo sigo al perro. Asegurémonos primero de lo que hay, y despues llamaremos gente, pues sino es nada, no es justo incomodar á nadie. ¡Oh Dios mio! no querais que se realicen mis sospechas! *Vase.*

Sale tirada por el perro con la linterna con que baxó.

Macario y Landrí aparecen en el foro detras de la empalizada: llegan á ella, buscan por donde entrar, no lo encuentran, observan si alguien los vé: levantan dos ó tres pedazos de madera de la empalizada con un escardillo que encuentra junto á ella Landrí, y entran en la scena: Landrí compone un poco la madera, y dexa el escardillo donde lo encontró.

Land. Pongamos este hierro donde estaba.

Mac. ¿Landri, estás bien seguro de que ninguno nos ha visto?

Agitado y casi fuera de sí.

Land. ¿Que testigo nos pueden presentar? Una noche muy obscura ha favorecido tu venganza, y la tierra la cubre al presente: ninguna de las dos saben hablar. (*Con indiferencia.*)

Mac. ¿Hemos tomado, amigo mio, todas las precauciones necesarias para cubrir un crímen tan horroroso?

Land. ¡He! mas baxo. Si; confia: todas están tomadas: nos han visto entrar en nuestro quarto, y cerrar la puerta: quando la abrimos y salimos de él, ni hizimos ruido alguno, ni nos vió nadie; y ahora que volvemos, lo mismo.

Mac. ¿Que es eso Landri?.. (*Asombrado y escuchando.*)

Land. ¿Que?

Mac. Yo creo que nos persiguen.

Land. Calma ese terror: nadie se acuerda de eso.

Mac. ¡Que calme este terror! Ah! que me es imposible: este es el castigo terrible que prueba el que por primera vez comete un crímen.

Land. Vamos al quarto: disfruta un momento de reposo.

(1) *Vá á abrir.* (2) *Por la ventanilla de la puerta.*

Mac. Yo... reposo... jamas... Ah Macario! que es lo has hecho!

Land. Poca cosa; libertarte de un objeto odioso; de un sér opuesto siempre á tus venturas, y cuya suerte parecia dispuesta á contrariar tus planes.

Mac. ¿Y quien me dió el derecho de quitarle la vida?

Land. El odio y tu interés: tranquilizate.

Mac. No puedo: preveó que mi crímen ha de ser descubierto: mi maldad no podrá estar oculta.

Land. Bueno; pero esas reflexîones hubieran sido muy acertadas ántes de cometerla: ahora de nada sirven sino de atormentarte. Entremos pues.

Al ir ácia la ventana aplica el oido. Ahora hemos cometido una imprudencia: ¿si nos habrán visto? aqui hay una persona.

Mac. ¡Una persona! ¡oh Dios! ¡Quien puede ser!.....

Land. Un criado sin duda: está durmiendo. (*Lo reconoce y baxa.*)

Mac. ¿Y si tal vez lo finge?

Land. Como yo lo supiera!

Va á hechar mano de un puñal.

Mac. ! Otro asesinato! Ah! No, Landrí. Detente: no sea siempre el segundo crímen consecuencia precisa del primero.

Land. Delicadeza inoportuna. Nuestra seguridad es lo primero; yo voy á hacer que duerma eternamente.

Mac. No, no; yo lo defenderé: entremos al quarto, y déxale dormir: quando podré yo gozar de igual sosiego!

Land. Desconfio, y....

Mac. No tengas duda, está durmiendo. *Vanse.*

Bajan de la trampa ó escalerilla y pasan á la derecha: entran por una de las ventanas que figuran haber dexado entornada. La cierran con mucho sigilo, y un relox de torre dá las quatro.

Beltran dentro de la caballeriza figura estar hablando á los caballos.

Belt. Anda allá, generoso: só...só... Gallardo: arriba... perezoso... voto vá el caballo... Mas bestia soy yo que vosotros en serviros. Vamos por cebada.

Sale con un arnero en la mano y va á una caxa grande que debe estar cerca de la puerta de la caballeriza: mientras la limpia, canta lo que quiera. Acabado de cantar, se asoma Ursula á la ventana de encima del texadillo.

Urs. Chi, chi.. Quieres callar Beltran esa maldita cancion á la hora que es: ¿No vés qae vás á despertar á todos los pasageros?

Belt. Eso seria bueno si la cantase de recio: ¿ademas que como se han de despertar, si con esta cancion me duermo yo todas las noches? Lararan, la....

Urs. Calla te digo: ¿no reparas que tenemos alojadas mil personas decentes, Cazadores del Rey... y...

Belt. Vamos, señora Ursula, no es ese vuestro cuidado: decíd la verdad: no quereis que yo cante porque no despierte á vuestro favorito, al señor Martín.

Urs. ¿Y aunque fuera eso, que te importa?

Belt. Ahi es nada: una friolera: él que

él descanse, y yo trabaxe. ¿Porque no se ha venido á dormir conmigo? yo le he brindado un sitio en la caballeriza muy hermoso. El dormir juntos, es un gusto..... pero nada; él mejor ha querido meterse en el caramanchon solo á los quatro vientos, que dormir conmigo. Yá, eso es por estar mas cerca de vos, y serviros de centinela abanzada.

Urs. Pues bien, callá, y dexa dormir al pobrecito.

Belt. ¡Al pobrecito!

Urs. Sí, sí, no le atormentes. (1)

Belt. Yo no le atormento: y canto porque me da gusto el oirme, y estoi acostumbrado.

Canta y se entra en la caballeriza con la cebada y paja

Ursula sale por la puerta de la derecha acabándose de vestir.

Urs. A propósito está ese picaro bestia cantando, por tal de hacerme rabiar, y despertar á Martin; pero él me las pagará. Yo le haré caer en el lazo.

Se oculta trás de uno de los palos que sostienen el texadillo, viendo salir á Beltran.

Belt. Estamos listos: yá tienen mis bestias todo quanto necesitan. Vamos ahora á apagar el farol, que ya viene el dia aclarando. La señora Ursula se fué y me dexó: hizo muy bien en tomar ese partido, porque yo no habia de callar: á pesar de que este Martin tiene un sueño mas pesado.....

Sopla el farol: saca la candilexa y va á ponerla sobre el marco de una ventana que habrá cerca del texadillo.

Si no estuviera tan correspondido, no dormiría tan gustoso.

Vuelve á cantar.

¿Pero que es esto? Ay Dios! que me asesinan! A ese asesino, á ese asesino.

Ursula le ha cogido las vueltas, y con el harnero que ha dexado le da un fuerte golpe en la cabeza: cae gritando, y salen Macario y Landrí. Martin se levanta, y vá á ayudar á Beltran.

Mac. ¡A mi! ¿Que es esto? ¡Quien me llama!

Land. Calla, que haces? tú vás á perderte á tí mismo.

Belt. Yo, señor oficial, no hablo con vos, ni os llamo para nada; pero me han dado un golpe en la cabeza, y pedia socorro contra el que me queria asesinar.

Urs. Perdonad, caballeros, el haberos incomodado: este bestia tiene la culpa: estaba empeñado en cantár, le dixe que callase, no quiso, y le pegué con el arnero.

Belt. Bueno, bueno: Yó se lo diré á la señora Gertrudis, á ver si vos teneis algun derecho para pegarme.

Urs. Haz lo que quieras. Vamos, Martin.

Belt. No os servirá de nada ese testi-

(1) *Se quita de la ventana.*

go: poco puede hablar en contra mia. Mucho me alegro de que sea mudo; y ojalá fuera ciego.

Urs. Anda, mal corazon.

Vanse Ursula y Martin por la izquierda y Beltran

Land. Muy felices hemos sido en no haber encontrado ahora en este sitio un sugeto perspicaz, porque con tu imprudencia hubiéramos sin duda sido descubiertos.

Mac. Bien lo conozco; pero es imposible alexar de mi imaginacion el crímen que acabo de cometer: las ideas mas tristes, las imaginaciones mas espantosas se apoderan de mí; me parece estar viendo á la víctima de mi enojo: escucho sus últimas palabras: » ¿Como Macario? ¿y »eres tu quien me asesinas? Atormentado de estos remordimientos tan justos como crueles, oigo la voz de ese hombre, gritando á al asesino; y fuera de mí, creyéndome acusado y descubierto, corrí á implorar su compasion, y á comprar su silencio á costa de mi sangre. Infelice Macario! no ha dos horas que cometistes un delito, y ya has sufrido en pena todos los horrores del infierno! ¡Ah! Si yo supiera, si imaginara solamente los horribles tormentos que destrozan el corazon de un asesino, yo me hubiera muerto mil veces ántes de serlo.

Gertrudis gritando dentro á la puerta de la posada.

Gert. Beltran, Ursula, Martin, abrid.

Mac. ¿Que es esto? ¡llamar con tanta priesa! vienen de fuera... Oh Dios! ya estoy perdido.

Land. Calla, y sufre, ó desde luego te abandono.

Dentro Gert. Vamos, pronto, pronto: bajad á abrirme.

Mac. Sí, Landrí mio, ya somos descubiertos.

Land. Es imposible, calla.

Salen Beltran, y algunos criados de la posada, Ursula y Martin: abren la puerta, y entra Gertrudis en la mayor agitacion. Landrí y Macario se retiran un poco, cuidando siempre Landrí de cubrir á Macario, y hacerle que desimule.

Gert. Guillermo, Martin, Beltran, tomad al instante unos azadones, y corred á la entrada de la selva, á la derecha, para desenterrar el cuerpo del infeliz Obrí. Los gemidos del perro os señalarán el sitio.

Mac. ¡Hemos dexado vivo al perro! ¡Que indiscrecion!

Land. Sin embargo, el golpe que ha recibido...

Salen el Senescal, el capitan Goltrand, y criados.

Senes. Señora Gertrudis, ? que es es lo que acabo de oir de boca de todos los del pueblo? ¿Es cierto que el infeliz Obrí ha sido asesinado ¿

Gert. Ah! si señor, á la entrada de la selva; yo misma lo he visto.

Senes. ¡Oh Dios! yo parto á certificar-

me de ello para proceder con acierto en el castigo del delincuente si parece. Sí, seguidme: señor Goltrand permaneced en este sitio en tanto que yo cumplo con los deberes de mi cargo, yendo al sitio donde se cometió el delito: vamos.

Vanse el Senescal, y los criados con hazadones que han sacado de la caballeriza y Martin.

Golt. ¿Mas cómo ha sido esto?

Gert. Yo lo ignoro, señor.

Land. Y lo mismo nosotros. ¿Que es lo que nos decís, señora Gertrudis? ¿Que, nuestro desgraciado compañero...

Gert. Ha sido asesinado.

Land. ¿Estais bien segura de ello?

Gert. Demasiado cierto es.

Golt. ¿Y como habeis tenido noticia de esa desgracia?

Gert. Dormia profundamente, quando me despertó un ruido estraordinario: escucho, oigo menearse la puerta, arañarla, y ladrar un perro. Me levanto, me visto, abro la puerta, y veo á Dragon que ahullando me agarra por el vestido tirándome ácia fuera, como queriéndome indicar que su amo necesitaba algun socorro. Admirada y llena de miedo, le seguí hasta la entrada del bosque, á unos quinientos pasos de esta casa. Allí ese fiel animal se para al pie de un árbol, y se pone á escarbar la tierra hasta hacer un hueco profundo: un extremo suyo me hizo que observase con cuidado, y ví el cuerpo del infeliz Obrí. Al verle hizo resonar la selva con sus lastimosos ahullidos, y parecia á fuerza de caricias querer volver la vida á quel cuerpo inanimado. Con sus miradas me suplicaba que le ayudase en tan penoso trabajo; pero yo, pobre de mí, solo pude mezclar mis lágrimas y mis lamentos á sus penetrantes ahullidos, y volver á avisar de esta desgracia.

Golt. Desventurado joven: yo soy la causa inocente de su muerte; pero es nuestro deber vengarla. Señores, mandad que se reuna la compañí.: recorred el bosque, y es imposible que se escapen los asesinos. Vos sois, Macario, (1) sí, vos el que debe encargarse de este servicio. Bien sé que no amabais á Obrí, y muchas veces me he quexado de la enemistad que le mostrábais; pero las señales de dolor que ahora advierto en vuestro semblante, me dan á conocer quan sensible sois á su muerte infeliz.

Mac. ¿Luego imaginais que...

Golt. Penetro los sentimientos que animan en este instante vuestro pecho; conoceis quan injusto habeis sido para con vuestro compañero, y esos remordimientos os vuelven á mi estimacion.

Mac. Ah, señor!

Golt. Espero que no omitireis ninguna diligencia para descubrir á los autores de ese crímen, á fin de aliviar vuestro pecho del peso que le oprime y satisfacer al mismo tiempo el deseo no menos poderoso de vengar la justicia.

Sale Belt. Ah! Dios mio, quien lo creyera!

(1) *Tomando á Macario por la mano.*

Gert. ¿Que es eso?

Belt. ¿Es posible¿

Gert. ¿Que significan esas esclamaciones?

Belt. Significan... que el asesino del señor Obrí está ya preso.

Gert.
Mac. } ¿Preso?
Land.

Golt. Tanto mejor.

Land. Para nosotros. (*ap. á Macario.*)

Belt. Si señor, preso: porque se le han hallado un bolsillo y una cartera pertenecientes al señor Obrí. ¿Y quien ha hecho esa hazaña?.... No, no es posible que lo creais, ni yo mismo lo hubiera creido á no haberlo visto con mis propios ojos... el demonio del perro... vaya!... tiene tanto entendimiento como un hombre. Apenas habiamos llegado al pie del árbol, quando Dragon se acerca á el, y se pone á olerle la faltriquera, y á querer meter su hocico en ella. El señor Senescal, admirado de tal suceso, manda registrar á el muchacho, y como os he dicho, se le encuentra una cartera llena de papeles, y un bolsillo con yo no sé quantas monedas de oro... al instante lo aprisionaron...y... ¡Yo todavia estoy aturdido! Físese vmd. luego en las apariencias.

Golt. ¡Estraño suceso!

Gert. ¿Con que tu conoces á ese malhechor?

Belt. ¿Pues no le he de conocer? Si es vuestro protegido el señor Martinito.

Gert. ¡Martin!

Urs. ¡Martin! gran pícaro, si no ha salido de casa.

Mac. ¡Dichosa equivocacion¡ (1)

Gert. Es impcsible, señor Goltrand: ese Martin de quien os habla, es un pobre huérfano, mudo, que he recogido por caridad, y he criado en el temor de Dios, y en los sabios principios de nuestra religion. Todo el mundo le conoce, le ama...

Belt. Pues á pesar de eso lo que yo os he dicho es la pura verdad... y sino mirad, como el señor Senescal le conduce aquí atado.

Land. Conviene que nos retiremos. (2)

Mac. Capitan, nuestra presencia es inútil aquí (3); dadnos vuestro permiso para ir á poner en execucion la órden que nos habeis dado.

Golt. Ya no es necesario, puesto que se ha prendido al matador.

Mac. Pues en ese caso, dignaos encargarme de los Despachos que habiais remitido á Obrí para el Alcayde del castillo de Liñy, los llevaré sin perder tiempo.

Golt. Bien; id, pues, á mi quarto, y esperadme allí. Vos Landri, mandad que la compañía se ponga sobre las armas, á fin de hacer al desgraciado Obrí los honores militares.

Vanse Macario y Landrí.

Salen el Senescal, Martin, Soldados, Criados, Aldeanos y Aldeanas.

Urs. Señor Goltrand, Madrina mia, no pemitais que pongan en la cárcel á el pobre de Martin.

(1) *Baxo á Landrí.*
(2) *Baxo á Macario.*
(3) *A Goltran.*

Golt. Nadie tiene derecho para parar el curso de la justicia. El mismo Senescal debe ser tan inexôrable como la misma ley.

Gert. Señor Senescal, este jóven es inocente

Senes. Mucho deseo que se justifique para tener la dicha de absolverle.

Gert. No arriesgo nada en asegurarlo con mi vida.

Urs. Y yo respondo con mi cabeza de su inocencia ¿No veis como esta llorando?... (*Martin llora.*)

No te desconsueles pobre Martin, no te harán ningun daño.

Senes. Dexadme interrogarle. ¿Sabe escribir?

Gert. No señor.

Senes. Pues de ese modo, vos, señora Gertrudis, y vos niña que debeis estar familiarizadas con su lenguage de accion, estad atentas para decirme las respuestas que no comprenda bien. Martin, teneis en contra vuestra fuertes y terribles sospechas, que se fundan sobre un hecho incontestable, y que serian pruebas convincentes á los ojos de un Juez que no os tuviese tan conocido como yo.

Martin se arroja á los pies del Senescal, los abraza y los cubre con sus lágrimas.

Alzaos: vos me interesais en estremo, é interesais á todos los que están presentes, como lo prueban las lágrimas que les veo derramar: vuestra edad, vuestra fortuna, el candor y la probidad que hasta ahora se ha conocido siempre en vos, os hacen acreedor á la benevolencia del público; mas no basta eso para destruir una acusacion de tanto peso, como la que teneis contra vos. Es preciso que vuestra inocencia se manifieste claramente á los ojos de todo el mundo.

Martin pone por testigo al Cielo, y jura que no es delincuente.

Ya os he dicho que las lágrimas y juramentos no tienen aquí fuerza alguna: lo que necesitamos son pruebas.

Martin responde que no puede presentar ninguna. No tiene mas esperanza que en la Providencia, y en la equidad de su Juez.

Gert. Solo tiene esperanza en la Providencia, y en la equidad de sus Jueces.

Senes. ¿Es posible Martin, que hayais olvidado las sábias lecciones de vuestra bien hechora, y los buenos exemplos de todos los que os rodean, hasta el punto de cometer un homicidio, de asesinar á vuestro semejante?

Martin desesperado repele con horror esta idea, se arroja entre los brazos de Gertrudis, y la asegura que no se ha hecho indigno de su cariño: su alma es tan pura como el aire que respira, como la luz que le alumbra.

Gert. Me parece que dice, que nunca se ha hecho indigno de mi amistad y de mis beneficios; que quisiera que se pudiese leer en su alma, y se veria que es tan pura como el aire que respira y la luz que nos alum-

bra. Permitidme haceros una pregunta, señor Senescal; ¿Es cierto que ese bolsillo y esa cartera pertenecian al señor Obrí?

Golt. Yo las reconozco muy bien. El bosillo es obra de mi hija, y la cartera un regalo que yo mismo le he hecho.

Senes. Nada hay que contestar á eso.

Gert. ¿Martin, reconoceis estas alhajas por ser del señor Obrí?

Martin dice que sí.

Gert. El infeliz se acusa á sí mismo.

Urs. Al contrario, eso prueba su inocencia.

Senes Pero..¿ porque casualidad han llegado á vuestras manos estas alhajas?

Martin responde que no ha sido por casualidad.

Senes. ¿Decís que no es por casualidad? Procurad, pues, aclararnos esta circunstancia que os acusa

Martin emplea todo el arte de la pantomima, para expresar que el desgraciado Obrí que ha muerto ya, y que no puede atestiguar la verdad del hecho, le entregó esos efectos para llevarlos á París.

Senes. Dices que Obrí os ha entregado estos efectos para llevarlos... A donde?

Martin indica el lado ácia donde cae París.

Senes. ¿A París?

Martin dice que sí.

Senes. Y á quien debiais remitirlos?

Martin hace todos sus esfuerzos para expresar que Obrí los destinaba á su madre.

Golt. ¿Es á mi hija?

Martin responde negativamente.

Senes. Es á algun amigo?

Martin la misma respuesta.

Urs. Será tal vez á su Madre.

Martin dice que sí.

Golt. La desgracia del acusado es que esa respuesta és inverosimil, y no puede ser admitida para su descargo. Obrí se ha aprovechado de una licencia que le dí para pasar dos dias con su madre, y debia volverla á ver muy en breve. ¿Que razones pueden motivar ese encargo? Lexos de recibir esa señora socorros de su hijo, le subministra al contrario todas las cosas necesarias, para cuya adquisicion no le basta el sueldoque le da el Rey. En fin, ¿ porque la remitia unos papeles importantes, que podian hacerle falta de un instante á otro?.. Yo no veo en eso ninguna verosimilitud; y ántes bien encuentro nuevos motivos, para creer que Martin es el verdadero autor del asesinato.

Senes. Ademas de este bolsillo, se os ha encontrado una moneda de oro. ¿Esta es acaso vuestra?

Martin dice que no; que la buena Gertrudis no le dexa carecer de nada; pero no le da nunca dinero. Obrí, es quien le dió esa moneda de oro, para pagarle su comision. Que habra treinta y un escudos de oro en el bolsillo: hace ver de qué modo sacó una para darsele, y asegura que actualmente debe haber treinta.

Gert. Ahora dice que esa moneda era del señor Obrí, y que se la dió en pago de la comision que le habia encargado: que en el bolsillo tenia Obrí 31 y que ahora deben haber no mas que 30.

Goltrand cuenta.

Golt. Treinta. En efecto; pero eso prueba solo que despues de haberse apoderado del bolsillo, ha podido saber lo que contenia. Y ademas, ¿cómo hemos de creer que Obrí pagase esa supuesta comision, veinte veces mas de lo que ella vale?

Urs. Martin, no es el único que ha recibido pruebas de la bondad del señor Obrí; he aquí una sortija que me dió ántes de marcharse: ¿Direis por eso que yo soy cómplice de su asesinato?

Golt. Hay mucha diferencia de un regalo á otro.

Senes. ¿Y como habeis entrado (1) en la posada, despues de cometido el crímen?

Martin dice que no ha salido.

Gert. Asegura que no ha salido.

Senes. Señora Gertrudis, á vos y á todos los que viven en esta posada, os mando declarar, si durante esta noche habeis oido algun ruido estraordinario.

Silencio general demostrando que no.

¿Donde duerme Martin regularmente?

Gert. En una de las piezas del quarto tercero: pero ahora he tenido que hacerle ir á otra parte, para alojar á los cazadores del señor Goltrand.

Senes. ¿Y en donde ha pasado esta noche?

Gert. En la quadra, al lado de Beltran.

Belt. Perdonad señora; conmigo no ha dormido: es verdad que debia dormir allí, y aun añadí por eso á nuestra cama dos manojos de paja mas; pero luego no quiso ir, y prefirió venirse á dormir debaxo de ese texadillo.

Golt. Esa circunstancia es un golpe terrible contra el acusado. Es muy probable que solo ha querido poner ahí su cama para poder con mas facilidad salir y entrar sin ser oido de nadie.

Gert. ¿Pero porque puerta, si yo guardo las llaves?

Senes. Saltando la empalizada.

Urs. ¡Oh! no, señor Senescal, no ha sido esa su intencion; es preciso que yo os confiese la verdad. Martin no ha querido dormir con Beltran, por que Beltran es un hombre que siempre le está atormentando; y la causa es que quiero á Martin, y á el no.

(1) *A Martin.*

El amor es quien le ha inducido á venirse ahí, para estar mas cerca de mí. ¡Valgame Dios! ¿quién le hubiera dicho que seria víctima de su amor? Ya lo ves, pobre Martin, yo soy la causa de tu desgracia: pues sino fuera por mi amor, no te sucederia esto.

Martin procura consolar á Ursula.

Gert. No, señor Senescal: este jóven no es delicuente, es imposible. Convengo en ello: todas las apariencias estan contra el; pero las apariencias nos engañan. Todo esto oculta algun misterio de iniquidad, que tal vez descubriremos mas tarde; pero lo que yo puedo asegurar y afianzar con mi vida, es que Martin no es el asesino. No se ahogan en un solo instante todos los sentimientos de honradez, y todos los principios que la religion ha grabado en una alma noble y virtuosa. Ese rostro no causa sospecha. Voy á juntar todos los aldeanos, y vereis como no hay uno que no haga mil elogios de él, y responda igualmente que yo, de la probidad de un jóven que miro como hijo mio. ¿Si fuese delincuente, se atreveria á mirarme? ¿No se notaria sobre su semblante aquella alteracion que proviene de los remordimientos, y que acompaña siempre al crímen? Oh! no, no, mi corazon alimentára contra él tanto horror, como compasion me causa ahora su lastimoso estado, y yo seria la primera que pediria su castigo; pero él es inocente; no quiero mas pruebas de ello que esa calma, esa serenidad que aun conserva en medio del peligro que le amenaza. Os lo suplico, señor; no precipiteis una sentencia que seria tal vez para vos una causa de continuos sentimientos. Pronto estaré de vuelta. Tú, hijo mio, ten ánimo y valor, que el cielo no te abandonará. *Vase.*

Goltran viendo el escardillo que Landrí ha colocado al lado de la empalizada, lo toma y lo exâmina.

Golt. ¿A quien pertenece este instrumento?

Martin le mira y dice que es suyo.

Golt. ¿Sois vos quien le ha colocado en este puesto?

Martin dice que sí.

Golt. Esa es una prueba de su delito mayor que todas las demas. Este instrumento le pertenece segun el mismo lo confiesa. Miradle, señor Senescal, vereis todavía pegada á él tierra ensangrentada.

Todos lo espectadores se acercan y empiezan á dudar de la inocencia de Martin.

Senes. ¿Que teneis que responder á esto, Martin?

Martin queda confundido; pero continua asegurando su inocencia.

Golt. ¿Que mas pruebas quereis, señor Senescal, para pronunciar contra ese desdichado la pena de muerte, que tiene merecida, y que no será mas

que una débil reparacion de su crímen; este crimen priva á la sociedad de un hombre virtuoso, al estado de un soldado valiente, y á mí de un amigo, que debia ser mi yerno: por tanto os pido una venganza pronta; y si la rehusais, iré á arrojarme á los pies del trono, y pedírsela al Monarca dándole á conocer vuestra culpable indulgencia.

Senes. Martin, todo se reune para confundiros y convencerme de que vuestro crímen es evidente. Lo confieso: la lástima que me ha inspirado el acusado me ha detenido demasiado: en efecto, quanto mas exênta de culpas ha sido hasta ahora su vida, y quanta mas confianza y aprecio ha sabido grangearse, tanto mas delincuente te presenta. Se desconfia con razon de un ente corrompido, se le evita y se huye de el; pero vos Martin, pasabais á los ojos de todos por un modelo de probidad, y solo teníais la máscara de la virtud; ese peligroso disfraz ocultaba el alma perversa de un malvado, y tan solo esperabais una ocasion favorable para seguir vuestra inclinacion á los delitos; mas Dios ha querido, que vuestro crímen no quedase sin castigo, y por un camino casi milagroso lo ha descubierto á nuestra vista. Venid, pues, delante de mi tribunal, para oir en presencia de todo el pueblo reunido vuestra condenacion.

Todos manifiestan su consternacion: Ursula y Martin se abrazan.

Avergonzaos de vuestro crímen, y pedid de rodillas su perdon á Dios y á los hombres, antes de padecer el justo castigo que mereceis.

Martin rehusa incarse de rodillas, y dice que los hombres lo condenan; pero su conciencia le absuelve.

Senes. ¡Ynfeliz! ¿rehusas humillarte? ¿se habra empedernido tu alma hasta el punto de desconocer á la Divinidad? Humillate, y tiembla.

Martin podria acusar á la Providencia que permite que le condenen, por un crímen que no ha cometido; pero respeta sus decretos, y espera su suerte con resignacion. Sin arrodillarse alza las manos y los ojos al cielo: todos los expectadores se sienten conmovidos, y Ursula se desmaya.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una gran sala en la posada de Gertrudis. Está abierta por el fondo y termina en un gran balcon que sale ácia fuera, que cae al jardin; al otro lado del qual habrá una eminencia ó montecillo. Este balcon debe ocupar casi todo el ancho del fondo del teatro.

Ursula al balcon.

Beltran no vuelve, y yo estoy mas inquieta. Le he dado el encargo de ir á la carcel á saber de mi pobre Martin, y darle los consuelos que no me han permitido ofrecerle por mi misma. Otra in-

justicia mas... sí... no temo decirlo, esa sentencia es un asesinato. Ellos dicen, que las pruebas son mas claras que la luz del dia; pero, ¿cómo es posible que Martin, en un caracter tan tímido, se haya vuelto de repente un asesino? oh! no, nunca lo creeré.

Llora: se vé á Beltran baxar corriendo por el montecillo.

Sale Beltran. ¡Ah señorita! todo está perdido; pobre Martin, yo mismo he visto preparar.... No he podido menos de enternecerme y de llorar. Es verdad que no éramos muy amigos; pero no por eso le tengo menos lástima. Nunca he deseado la muerte, y quando pienso que dentro de una hora.... esto me parte el corazon.

Llora igualmente que Ursula: los dos están algun tiempo sin hablar.

Urs. ¿Dí, Beltran, y le has visto?
Belt. Sí señora, le he visto, pues me han permitido entrar para darle el último á Dios. Le dixe que estábais muy triste, y que teníais muchos deseos de verle. El puso la mano sobre el corazon, alzando los ojos al cielo como para decirme que era inocente, y luego me dió mas de cien abrazos.... Pero, señorita no os desconsoleis: cobrad un poco de ánimo: aun no ha muerto, con que así no hay que perder las espranzas. ¿Adónde está el Senescal?
Urs. En ese quarto inmediato.
Belt. Está todavia con el capitan?
Urs. Sí.
Belt. Pues bien, tal vez estarán pensando en favorecerle.
Urs. No; están escribiendo al Rey este acontecimiento.
Belt. Eso me dá muchas esperanzas. París no está lexos de aquí, y tal vez el Rey, luego que lo sepa, querrá ver la causa por sí mimo. Nuestro Rey es un hombre sabio, tiene un corazon muy bondadoso, y nos trata como si fuéramos sus hijos. Yo apuesto á que dirá: "Pe- »ro en fin... bien se podria que... »cierto; se han visto cosas tan ad- »mirables... es preciso exâminar ese »acontecimiento... y... así." toma..! veréis como dice eso. Vamos, señora Ursula, consoláos; vereis como todo se compondrá bien.
Urs. Yo lo deseo, pero...

Se oye á lo lexos el redoble del tambor que anuncia una marcha fúnebre.

¡Qué oigo, cielos!
Belt. ¡Ay Dios! (1) Ya le llevan al suplicio... ¿Qué la diré...? no tengo valor para... Voy á ver lo que es, señorita; (2) pronto estaré de vuelta. ¡Pobrecita! *aparte.*

El ruido se aumenta.

Urs. Si será....? (3) El es, él es....

(1) *Vá al balcon y dice aparte.*
(2) *Alto.*
(3) *Vá al balcon.*

le van á dar la muerte: ¡oh Dios! (1) ¿dexaréis perecer á ese infelíz? Es inocente, lo sabeis: su juez es hombre, y ha podido ser engañado por las apariencias. Hacedle conocer la verdad, descubrid al infame autor de ese crímen, y prestad vuestro ausilio á la inocencia.

Implora la asistencia de Dios con el mayor fervor.

Durante esta escena se vé el acompañamiento que conduce á Martin al suplicio, pasar por la eminencia del fondo.

El pobre muchacho va con las manos atadas por detras. Echa una mirada dolorosa sobre la escena, y está al punto de desfallecerse, quando el executor que vá detras le impele para hacerle marchar. Despues de haber pasado, se oirá ácia la derecha un gran ruido. La puerta se abre con estrépito.

Sale Gertrudis con la mayor agitacion.

Gert. ¡Ursula!

Ursula saliendo del desmayo que la habia dado.

Urs. ¿Sois vos, madrina mia?... ¿le habeis visto?

Gert. Aun espero salvarle.

Urs. ¿Vos madrina mia? (2)

Gert. ¿Está todavía aquí el Senescal?

Urs. Sí señora.

Gertrudis llamando á la puerta del quarto.

Gert. Señor Senescal, señor capitan, abrid.

El Senescal y Goltran salen del quarto adonde estaban.

Mandad que se suspenda la execucion de la sentencia.

Golt. y Senes. ¿Por qué?

Gert. Antes de todo suspended la execucion. El infeliz está ya al pie del suplicio y no puede escaparse al rigor de las leyes; pero no teneis derecho para desechar las noticias que os traigo, y debeis recoger con afan todo lo que pueda contribuir á tranquilizar vuestra conciencia. Pensad que un juez es responsable ante Dios y ante los hombres, de la equidad con que pronuncia las sentencias.

Senes. Pues bien, consiento en ello: que vaya alguno de mi parte, y...

Urs. Yo iré; pero no querran creerme.

Senescal á un cazador que habrá salido del quarto al mismo tiempo que él y el capitan.

Senes. Acompañad á esa joven.

Urs. ¡Pobre Martin! Dios quiera que llegue á tiempo.

Vase corriendo: en breve se la vé pasar por la eminencia y luego des-

(1) *De rodillas.*
(2) *Abraza á Gertrudis.*

aparecer; en su camino grita.

Deteneos, deteneos.

Senes. Decidnos ahora, señora.

Gert. Todas las apariencias condenaban á Martin: nuevos indicios podrán tal vez salvarle. Al salir de la aldea para ir al castillo de Lañí, Macario tuvo que pasar muy cerca del parage adonde los asesinos habian depositado el cuerpo del desgraciado Obrí; de repente Dragon que habia permanecido al lado del hoyo de su amo, corre ácia el camino, arrojando horribles ahullidos, é intenta abalanzarse sobre Macario. En vano, varios amigos suyos que le acompañaban, le rodean: Dragon se dirige solo á él, mostrando su furor quererle devorar. Atemorizado del encarnizamiento del animal, Macario ruega á sus amigos que le detengan mientras él aprovecha un momento favorable para escaparse; pero todos los esfuerzos son en vano, y quanta mas resistencia se le opone, mas se irrita y se enfurece el perro. Sus ojos centellantes, su boca cubierta de una blanca espuma, todo anuncia en él que está guiado por un instinto particular. Dirán al verle, que quiere vengar la muerte de su amo, mostrando su asesino.

Golt. ¿Qué decís, señora Gertrudis? .. Esa acusacion....

Gert. Es poca sin duda; pero no dexa de estar fundada. Dios me libre de intentar salvar á Martin, haciendo recaer sobre otro el peso de una acusacion injusta: es el sentimiento irresistible de mi conciencia el què me impele á impediros el cometer un crímen. Sí, señores, un crímen; pues lo es pronunciar la sentencia sobre un caso tan grave, antes de haber agotado todos los medios imaginables para convencerse de la verdad. Macario odiaba mortalmente al jóven Obrí: vos mismo lo habeis dicho, señor capitan. Esa pasion injusta, llegando á cierto extremo, es incapaz de reflexîon, quiere satisfacerse.

Golt. Sí, con una venganza noble, pero no con un asesinato.

Gert. ¿Quién os dice que Obri ha sido asesinado? ¿Conocéis acaso las circunstancias què han precedido su muerte? ¿No puede haberse seguido á alguna pendencia ó desafio? Lo vuelvo á repetir: yo no acuso á nadie; pero defiendo á un inocente; quiero librar de una muerte ignominiosa á un joven que no ha cometido el crímen de que se le acusa.

Senes. Mirad, señora, que esa proposicion es una ofensa á la justicia.

Gert. Decid mas bien que el magistrado ha procedido con demasiada precipitacion en su sentencia.

Senes. ¿Olvidais sin duda, que...

Gert. Perdonad, señor, mi celo, y castigadme si me hace hablar con demasiada libertad; pero dexad la vida á un pobre huérfano, que no posee mas bienes que su honor, y es inocente.

Se vé á Macario baxar la eminencia corriendo y perseguido por Dragon. El Senescal, Goltran y Gertrudis se dirigen ácia el balcon.

Mac. Detenedle, no le dexeis alcanzarme.

Pálido, desmelenado, en desórden y sin ver nada de lo que pasa al rededor, Macario entra por la derecha, y y cierra la puerta con espanto: luego atraviesa el teatro y se encierra en el quarto de la izquierda. Las personas que se hallen en la escena permanecen á un lado.

Senescal, Gertrudis y Goltran.

Gert. ¿Y bien, señores, veis como lo que os he dicho es verdad? lo que acabais de ver....

Senes. Es muy extraordinario.

Golt. Sí, pero eso no prueba nada; lo que mas se puede inferir de eso es que Macario, por lo demas muy valiente, no ha juzgado necesario exponerse al furor de ese animal.

Gert. Escuchadme hasta el fin. Os han dicho, y es verdad, que Dragon ha hecho descubrir los efectos pertenecientes á Obrí; y en eso yo no veo mas que una prueba de aquel instinto particular que se conoce en los perros, y de que se tienen mil exemplos; pero lo que todas las personas que se hallaban presentes han visto, y lo que están prontas á declarar ante el tribunal de la justicia, es que despues se echó á los pies de Martin, y se puso á acariciarle. Ahora bien, ¿es probable que ese fiel amigo del hombre, acariciase al asesino de su amo, en el mismo instante que acababa de perderle? No, la experiencia nos demuestra lo absurdo de esa proposicion; pues al contrario, le hubiera despedazado. Comparad ahora esta circunstancia con la otra; oponed esas caricias al furor, á la rabia que ha manifestado Dragon viendo á Macario. Ya no es el instinto, sino el recuerdo de la sangrienta escena que ha presenciado, lo que le anima. Sus ojos le presentan al asesino de su amo, ó al hombre que le ha dado muerte de qualquier modo que sea. Admitid pues, señor Senescal, las pruebas que la Providencia os envia, á falta de otras. Mandad á todos los aldeanos y soldados que se junten en un mismo recinto, y que allí á presencia de todos, ese fiel animal, ese testigo incorruptible, designe al delincuente: y os aseguro que no se equivocará.

Senes. Caballero Goltran; esta alegacion es demasiado positiva para despreciarla; sin inclinarme á un lado mas que á otro, debo aprovechar todos los medios que la ley pone en mi mano, para penetrar el velo espeso que oculta la verdad en un caso tan raro como este.

Golt. Mis deseos son que la muerte de mi amigo quede vengada. Si Macario es delincuente, solicitaré contra él un castigo tanto mas rigoroso, quanto ha tenido por mas tiempo engañada mi confianza. Voy á dar las órdenes necesarias para que mi compañía se forme en el momento. Vos mandad venid á Martin, mientras que Gertrudis se ocupa en reunir á todos los habitantes. Cuidad sobre todo de que nadie se acerque á Macario, á fin de que no conciba sospecha alguna sobre lo que intentamos hacer. Dentro de poco publicaremos esa es-

traña confrontacion. Así no le quedará lugar de prepararse para su defensa, ni de disimular su turbacion. Yo os aseguro que sabré entonces leer en sus ojos lo que pase en su alma. *vanse todos.*

Sale Macario.

Me pareció haber oido hablar en esta sala, y aun pronunciar mi nombre... No, me engañé: no habia nadie quando pasé por ella: esta es sin duda alguna de las muchas visiones que sucesivamente se están presentando á mi imaginacion desde el momento que he cometido un homicidio.... ¿Es cierto que este brazo que hasta ahora solo ha sido fatal á los enemigos de mi Rey, ha derramado hoy la sangre de un compañero de armas, de un amigo?... ¿Yo que he vivido tanto tiempo, fiel al honor, exênto de vituperio, me veo ahora en el número de los mas despreciables malhechores? ¿Que espíritu infernal se ha introducido en mi pecho?... La envidia, esa pasion detestable que hace desear al hombre, que todos los que le rodean le sean inferiores en bienes, en talentos, en conveniencias; y que le hace odioso el espectáculo de toda prosperidad que no es suya; pasion vil y despreciable, que no osamos confesar estando posehidos de ella. Pudiera haberla sofocado desde su nacimiento, armándome de valor y precaviéndome contra los estragos de ese veneno corruptor: un débil esfuerzo hubiera entonces bastado para detenerme en la orilla del precipicio; pero dando oidos á las insinuaciones pérfidas de la ambicion, me he extraviado para siempre del camino de la virtud. En fin, he cometido el crímen, y ahora cubierto con la sangre de mi amigo, devorado de remordimientos, camino con pasos precipitados al cadalso, que solo puede poner fin á los crueles tormentos que padezco. He aquí donde conducen las pasiones, quando el hombre es tan débil que se entrega á ellas sin freno. (1)

Se ve á Landrí sobre la eminencia; procura que le vea Macario á quien intenta hablar. Este está demasiado entregado á sus reflexîones para ver ú oir lo que dice su amigo. Entonces Landrí, despues de mirar al rededor de sí si alguno le vé, saca un librito de memorias, escribe algunos renglones, se quita la faxa, recoge una piedra y se dirige ácia el balcon. Se le pierde de vista.

Al cabo de un momento, el lio cae en la sala. El ruido de la caida hace salir á Macario de su abatimiento, se levanta y coge el paquete: lee.

"Mi vigilancia acaba de librarte del »peligro que te amenaza. Ya nada tie- »nes que temer del testigo que te ha »puesto tan cerca de tu pérdida: le he »puesto fuera de estado de dañarte: »Ya respiro... Te envio mi faja para »reemplazar la tuya: yo buscaré otra »para mi."

(1) *Déxase caer sobre una silla.*

Ni aún la habia hechado menos.
»Procura aparentar serenidad en todas »tus respuestas. Sofoca unos remordi»mientos inútiles. Todo se compondrá."
¡Quán facil es dar semejantes consejos, pero quan dificil seguirlos, quando; aun no se ha perdido todo sentimiento de honradez! Tiene razon: la faja me faltaba, y esto solo podia perderme: en mi turbacion me olvidé de dar gracias á su prudencia. Pasos sientos. Procuremos cobrar ánimo, y contener los movimientos de mi alma.

Salen el Senescal y Goltrand.

Senes. ¿Y bien, señor Macario, os habeis recobrado de vuestro miedo?

Mac. Señor Senescal, yo no creo que el valor de un hombre consista en exponerse, sin necesidad y sin defensa á la rabia de un animal furioso, que su amo habia acostumbrado á no ser manso sino para él, y á irritarse con la menor provocacion. Mi capitan sabe bien....

Senes. Yo creo muy bien que en ese acontecimiento nada hay que no sea natural; pero, ya lo sabeis, todo el mundo no tiene un mismo modo de pensar. Casi todos los habitantes que lo han presenciado, han concebido sospechas, que yo estoy muy lexos de creer fundadas; pero en fin, es obligacion mia ceder á los clamores de un público, quando tienen por objeto el castigo de un atentado horrible y la conservacion de un inocente.

Mac. ¿Que me quereis decir?

Golt. Esto. Conozco lo atado que se encuentra el señor Senescal para informaros de la resolucion que ha debido tomar á fin de hacer justicia cómo es debido: teme ofenderos con sus palabras, y por lo mismo os hablaré por él. Ciertas personas que no conocen, ni vuestro modo de pensar, ni la honradez que os ha distinguido hasta aqui en vuestra conducta, pretenden que no dexais de tener parte en el asesinato de Obrí.

Mac. Vos mismo habeis sido testigo del sentimiento que me ha causado tan horrible noticia.

Golt. Sí, he sido testigo de vuestro dolor, pero no basta eso: yo estoy convencido de vuestra inocencia, mas es preciso convencer á los demas. No estrañareis que tengan por uno de los suyos, por un jóven que han visto nacer, la misma inclinacion á creerle inocente que yo tengo por vos.

Mac. Sin duda: y por lo mismo me someto á todas las pruebas que querais.

Golt. Se ha suspendido la execucion de la sentencia pronunciada contra Martin. Nos reuniremos todos en la plaza, para ver si ese fiel compañero de Obrí, sin ser provocado por nadie, renueva sus demostraciones furiosas, y las dirige mas bien contra vos que contra ese jóven, de cuya inocencia responde todo el mundo.

Mac. Consiento en ello; no he podido menos de atemorizarme antes, viéndome casi solo, espuesto á una lucha tan estraña; pero ya que lo juzgais necesario para mi justificacion, corramos...

Sale Gert. ¡Ah! que horror!

Senes. ¿Que teneis?

Golt. ¿Que hay de nuevo?

Gert. Perdonad; no puedo explicarme delante de....

Golt. Retiraos, Macario; yo os llamaré quando sea necesario.

Mac. Obedezco; pero no olvideis capitan que mi honor...

Golt. Su honor! *Aparte.*

Mac. Está ahora interesado en desvanecer unas sospechas tan injuriosas. *Vase.*

Gert. Los malvados han temido la prueba: han muerto al pobre Dragon. Acabo de verle tendido sobre el umbral de la puerta.

Senes. ¿Que decís?

Gert. La verdad: espirando se ha hechado de cara ácia el lugar que encierra al asesino de su amo.

Golt. Ese rasgo de maldad parece en efecto haber sido executado con intencion de libertarse de la prueba.

Senes. No queda duda, de que lo ha sido por las personas interesadas.

Golt. Pues eso destruye las sospechas contra Macario: no ha salido él de aqui.

Gert. ¿Quien os ha dicho que no tiene cómplices? La aparente serenidad que acaba de manifestar, es una prueba de que ya sabia que el testigo no podia deponer contra él.

Golt ¿Pero como lo habrá sabido? ¡En que extraña perplexidad me pone este acontecimiento! Todo parece reunirse á efecto de ocultarnos la verdad.

Toda esta escena debe executarse misteriosamente.

Sale Beltran, se detiene á la puerta, y hace señas á Gertrudis.

Belt Señora, escuchad dos palabritas.

Gert. Espera.

Belt. No hay que esperar, pues es cosa importante. Perdonadme señor Senescal, y vos tambien, señor capitan,

Gertrudis acercándose á Beltran que no se atreve á entrar.

Gert. Vamos, despacha.

Belt. Esta mañana os he traido (1) una mala noticia del pobre Martin, y es justo que ahora sea yo el primero á daros una buena.

Gert. Vamos, sin arengas, al caso.

Belt. Por esta vez ya he descubierto al asesino: le traigo en mi bolsillo.

Gert. ¡Majadero!

Belt. Si no es él, es una cosa que le dará á conocer. Su faxa... nada menos. No lo digais á nadie.

Gert. Al contrario; acercate, y cuenta el caso á estos señores.

Belt. ¿Todo?

Senes.
Golt. } Sí, todo.
Gert.

Belt. Ya conoceis, señora, á Periquillo, el hijo de la tia Colasa, que vive cerca de la Parroquia... Pues bien, salió, segun costumbre á cortar leña á la selva; y he aquí que enmedio de su camino ve en un árbol una cosa blanca que colgaba. ?Y que direis que era? Nada menos que esta faxa, atada por un extremo á una rama, y con un nudo corredizo en el otro como lo estais viendo. Al momento Periquillo corre á la entrada del bosque, y empieza á llamar

(1) *A media voz.*

gente. Yo me hallaba cerca de allí, y acudí con otros quantos, y vimos todos la faxa blanca, dispuesta como os acabo de decir. Habeis de saber, para remate del cuento, que ese árbol no está mas que á veinte pasos del hoyo adonde estaba enterrado el señor Obrí: Lo que nos ha ocurrido á todos es que esa faxa ha servido á los asesinos para tener sugeto á Dragon mientras mataban á su amo. Ella es de un cazador de la compañía, luego es claro que es un cazador el matador: por ese motivo he tomado la faxa, y la he traido aquí.

Golt. Todos los cazadores tienen una faxa igual á esa; ¿como es posible averiguar á quien pertenece?

Belt. Perdonadme, señor: yo soy un tonto; pero yo creo que si todos los cazadores no tienen mas que una faxa, es facil ver qual de ellos está sin ella, y aquel es.

Goltr. Tienes mucha razon; pero cada uno tiene regularmente dos ó tres... No importa: mándalos venir á todos de mi parte.

Belt. No tardaré mucho; están todos formados á la puerta.

Golt. Imagino un medio por el qual vendrémos tal vez en conocimiento del delicuente. Tambien entre Martin.

Se ve á Ursula y Martin bajar por la eminencia, seguidos de todos los Aldeanos, conducido por la tropa.

Ursula conduciendo á Martin.

Urs. Aqui está, señores el pobre de Martin: viene mas muerto que vivo: Dos minutos mas tarde...

Senes. Aún no está absuelto, pero puede esperar.

Gert. Animate, queridito Martin, no tengas miedo, yo te aseguro que no te sucedera nada.

Martin da gracias sucesivamente al Senescal, Gertrudis, y Ursula. Los cazadores conducidos por Landrí, entran en la Sala, y se colocan en semicírculo. Los Aldeanos permanecen sobre la eminencia.

Golt. Mandad á Macario que entre.

Se abre la puerta de la izquierda, Macario sale; el caballero Goltrand pasa en silencio revista á la compañia, se para delante de cada uno, y exâmina severamente su actitud y semblante; pero no nota en ellos nada. Todos tienen su faxa puesta, todos permanecen inmobles. Los expectadores esperan con silencio el resultado de este exâmen. En fin el caballero pronuncia estas palabras con voz fuerte.

Golt. Señores; el asesino de Obrí de Mondidier, está entre vosotros: yo le conózco.

Todos miran alternativamente á sus camaradas y á Goltrand. Macario solo permanece inmovil.

Acabo de notar manchas de sangre impresas en su faxa.

Nigun cazador se mueve. Solo Macario, por un movimiento mas rápido que el pensamiento, baxa la cabeza, y mira su faxa. El caballero Goltrand le señala entónces con energía y esclama.

Golt. Vos sois, Macario.

Martin arroja un grito de alegría, abraza á Gertrudis y Ursula. Todos los tres se arrodillan por un momento, y dan gracias á la Providencia.

Mac. ¿Yo?

Goltrand aumentando de energia y presentándole la faxa que ha traido Beltran.

Golt. Sí: ¿No es aquesta la faxa con que sugetaste á Dragon?

Land. Mira que es una ficcion (1) para descubrirnos.

Mac. Ah! Landrí! ya no es tiempo de ocultarnos.

Golt.
Senes. } ¿Landrí?

Land. Imprudente! *Aparte.*

Mac. En vano ha sido que me dieses tu faxa: todo lo saben.

Golt. Esplicaos.

Mac. Yo no habia nacido para el crímen. Una pasion insensata y los consejos de un pérfido amigo, me han arrastrado hasta el punto de hacerme cometer un víl asesinato; ese desgraciado jóven se ha visto condenado injustamente: El Cielo es justo, salva al inocente y castiga de una vez á dos malvados. Le doy gracias por que me priva de una exîstencia que me seria penosa é insufrible, cargado con el peso de un crímen tan atroz.

El Senescal y Goltrand se vuelven acia Martin para darle el parabien de haber sido reconocida su inocencia: Martin se arroja á los pies de su Juez. Ursula y Gertrudis completan este grupo.

Gert. No os decia yo bien, señor Goltrand, que mi querido Martin era inocente?

Golt. El Rey sabrá este acontecimiento; (2) y yo mismo le pediré para vos una recompensa proporcionada al peligro en que os habeis visto.

Martin se levanta besando la mano del Senescal; quiere abrazar á Ursula, pero repara en Gertrudis, y abraza á ésta, mirando á la otra.

Senes. Estoy absorto! Oh juicios siempre incomprensibles de la Divinidad! un perro ha sido aquí el instrumento de la Divina justicia: respetemos siempre sus incomprensible juicios. A vos Caballero Goltrand, pertenecen los reos, y vos respondereis á Dios, al Soberano, y á la justicia de sus personas.

Golt. Aseguradlos, y conducidlos á la cárcel pública.

Los soldados que han traido á Martin los cercan: Goltrand les quita las espadas, y se las entrega al Senescal.

Mac. Yo mismo clamo por mi pronta muerte: conozco mi delito, lo confieso, y es justicia arrancar de la sociedad vilmente al hombre infame que exîstió en ella, para oprobio de sus semejantes.

Land. No supiste callar: yo te creí otro hombre: me engañé: muramos.

(1) *Bajo á Macário.* (2) *A Martin.*

Golt. Señor Senescal, escribamos á S. M. en el momento este suceso, y pasemos á principiar el proceso: mandad que recojan el perro, y lo conserven cuidadosamente, hasta que yo disponga que lo imite en mármol el mejor escultor de Francia y mande colocarlo en una de las salas de mi castillo de Montargis, para perpetuar la memoria de su amor y fidelidad. Gertrudis, Ursula, yo os doy las gracias por vuestra exâctitud, y por el buen corazon que habeis manifestado, defendiendo la inocencia.

Senes. Sí, perdonadnos: y para que en parte pueda quedar recompensado lo que habeis sufrido, yo ós haré rico, y os casaré con Ursula, si quiere su Madrina.

Gert. Si señor, con mucho gusto.

Golt. Pues abrazadla, y vamos á descansar de tantas fatigas, llevando siempre en la memoria, que hasta los animales guiados de un impulso sobrenatural, persiguen y delatan al hombre criminal, que se aparta del camino apreciable de la virtud.

MADRID: MDCCCXVII.

EN LA IMPRENTA QUE FUÉ DE GARCÍA.

Con licencia.

